

# El sentido de la teoría crítica del desarrollo: entre las ideas y las creencias

## *The meaning of critical development theory: between ideas and beliefs*

GUILLERMO OTANO JIMÉNEZ \*



### PALABRAS CLAVE

**Teoría crítica; Desarrollismo; Postdesarrollo; Reflexividad; Conocimiento.**

**RESUMEN** El objetivo de este artículo es analizar el significado de la teoría crítica del desarrollo. Para ello establezco una distinción analítica entre dos planos del pensamiento desarrollista, el de las ideas y el de las creencias. Argumento que las interpretaciones críticas del desarrollo surgen del cuestionamiento de estas últimas, y a partir de ahí pueden optar por deconstruir o reconstruir las ideas clave que estructuran la concepción del desarrollo.

### KEYWORDS

**Critical theory; Developmentalism; Postdevelopment; Reflexivity; Knowledge.**

**ABSTRACT** The aim of this paper is to analyse the meaning of critical development theory. In order to do so, I establish an analytical distinction between two levels of development thinking: ideas and beliefs. My argument is that critical interpretations of development arise from the questioning of the latter, and they can choose to deconstruct or reconstruct the main ideas that structure the concept of development.

---

\* **Guillermo Otano Jiménez** es doctor en Sociología por la Universidad Pública de Navarra. Actualmente trabaja para la Fundación ALBOAN. Es miembro de la Red Española de Estudios sobre Desarrollo (REEDS) y de la Human Development and Capability Association (HDCA).

## MOTS CLÉS

**Théorie critique; Développementalisme; Postdéveloppement; Réflexivité; Connaissance.**

**RÉSUMÉ** Le but de cet article c'est d'analyser le sens de la théorie critique du développement. À cet effet, j'ai établi une distinction analytique entre deux niveaux de réflexion sur le développement, les idées et les croyances. Je soutiens que les interprétations critiques du développement proviennent de la remise en cause de ce dernier. Depuis ce moment on peut choisir déconstruire ou reconstruire les principales idées qui structurent le concept du développement.

## Introducción

**D**ecía el filósofo español Ortega y Gasset (1976) que las creencias son un tipo especial de ideas. Que no se tienen, sino que “se está en ellas”. Son, en términos fenomenológicos, “lo que se da por supuesto”, aquello que nos resulta tan obvio que ni si quiera nos detenemos a examinarlo con detenimiento. Simplemente “es así”. En esto, las creencias se diferencian de lo que entendemos comúnmente por “ideas”, pues sobre ellas sí reflexionamos de forma deliberada y consciente, con independencia de si son ideas propias o ajenas. Traigo esta distinción a colación porque me parece sumamente útil para interpretar los modos de pensar el desarrollo y el lugar que debe ejercer la teoría crítica en ese ámbito.

Es interesante abordar el “desarrollo” a partir de esa dualidad del pensamiento porque, desde los albores de la modernidad occidental, entre los siglos XVI y XVIII, este concepto se ha ubicado en el mundo de las ideas, más que en el de las creencias. Concretamente, se suele decir que pertenece al dominio de la racionalidad instrumental (Castoriadis, 1980; Ortiz, 2007). Su significación moderna hace referencia a un tipo específico de acción intencional que trata de poner la ciencia y la técnica al servicio de los ideales de emancipación humana que surgen del proyecto de la Ilustración Europea. El “desarrollo”, en este sentido, busca mejorar la calidad de vida de la gente —el progreso humano— mediante la intervención en el ámbito de lo social, lo económico, lo cultural o lo medioambiental. El origen de la teorización del desarrollo se halla en las discusiones que mantuvieron los primeros intelectuales europeos respecto a la manera de realizar dicho ideal. Una tarea que por aquel entonces se consideraba urgente para tratar de potenciar las oportunidades y controlar los efectos no deseados de un capitalismo industrial incipiente, que anunciaba la entrada en una nueva época. No es de extrañar, por lo tanto, que las *teorías de desarrollo* hayan contribuido desde los inicios de la era moderna a forjar auténticas *doctrinas ideológicas de desarrollo* (Cowen y Shenton, 2004), cada una de las cuales ha legitimado en el tiempo diferentes *estrategias y políticas de desarrollo*.

Durante al menos dos siglos y medio el desarrollo mantuvo este halo racionalista. Sin embargo, en el trasfondo del cálculo entre medios y fines que precede a toda intervención social, subyace una creencia que es la que da sentido a toda acción realizada en nombre del “desarrollo”. La creencia en que, gracias a la capacidad de dominio racional y al avance del conocimiento social, el mundo se puede modificar a voluntad. En este sentido, el desarrollo “no es simplemente la meta de unas acciones racionales en las esferas de lo económico, de lo político y de lo social. Es también, y a un nivel muy profundo, el centro de las esperanzas y expectativas de redención” (Berger, 1979: 31). Es aquí donde se nos revela su poso trascendental, que recoge la concepción lineal de la historia implícita en la escatología cristiana, dándole una nueva lectura. Si en la cosmovisión cristiana la historia avanza hacia adelante movida por los designios divinos, desde el origen de los tiempos hasta el día del juicio final; en la cosmovisión moderna, la ciencia se apropia del lugar que otrora ocupase Dios, y los creyentes en la nueva religión del progreso secular, en vez de esperar la redención en el más allá, tratarán de recrear el paraíso en la tierra a partir del crecimiento económico tecnológicamente inducido.

La hipótesis que sostengo en este artículo es que la denominada “crisis del desarrollo” (Morin, 1995) que ha reavivado el interés por la teoría crítica del desarrollo desde principios de los años ochenta, tiene su origen en el cuestionamiento de estas creencias de fondo respecto a la posibilidad de mantener un crecimiento ilimitado a través de la innovación tecnológica. Mi argumento se divide en dos partes. La primera de ellas analiza el auge y declive de las grandes teorías del desarrollo poniendo especial atención en el sistema de creencias compartido sobre el que se levantaron —lo que llamare desarrollismo— y las causas que condujeron a su cuestionamiento. En la segunda parte identifico los dos caminos contrapuestos que puede tomar la teoría crítica frente a este escenario: el de las deconstrucciones y reconstrucciones del desarrollo.

## Los Estudios sobre Desarrollo y el imaginario desarrollista

En la introducción afirmé que los orígenes de la teorización del desarrollo hallan en los escritos de los pioneros de las ciencias sociales y en los discursos reformistas de mediados del siglo XIX —tanto en el abordaje que se hizo de la “cuestión social” en el antiguo Imperio Alemán, Francia o Inglaterra como en los acalorados debates parlamentarios que estas naciones mantuvieron sobre el gobierno de las colonias—. No obstante, la institucionalización académica de los “estudios sobre desarrollo” (*development studies*) dentro de los planes de estudio de las universidades occidentales, mayormente anglosajonas, cuenta con poco más de medio siglo de vida y se remonta a principios de los cincuenta del siglo XX.

Es entonces cuando el “desarrollo”, o más bien la ausencia de este en buena parte del planeta, se convierte en un problema para las grandes potencias que salieron

vencedoras de la Segunda Guerra Mundial. En el nuevo orden internacional que comenzaba a perfilarse, la presencia de grandes “zonas económicamente atrasadas” o “subdesarrolladas” en América Latina, África y Asia constituía un peligro para el frágil equilibrio existente entre los dos grandes bloques. Tanto el mundo libre, liderado por los Estados Unidos, como el bloque comunista, encabezado por la URSS, veían ese otro “Tercer Mundo” con recelo. Los países tercermundistas lo mismo podían convertirse en potenciales socios comerciales que constituir una amenaza para la seguridad nacional. Pero, en cualquier caso, lo que cada vez parecía más evidente es que la única manera de asegurar esto último era intentar ampliar las zonas de influencia sobre estos territorios.

Para alcanzar tal propósito, se pensó en potenciar la cooperación internacional y las políticas de ayuda que tan buenos resultados habían dado en la reconstrucción europea. Las propias Naciones Unidas, en el Capítulo IX (art. 55) de su Carta fundacional de 1945, incluyeron la cooperación internacional al desarrollo entre sus fines y todavía hoy la contemplan como una herramienta para lograr “niveles de vida más elevados, trabajo permanente para todos, y condiciones de progreso económico y social”<sup>1</sup>. La voluntad de contribuir al desarrollo de los países pobres aparece también en otros textos de la época, como el discurso de investidura del presidente estadounidense Harold S. Truman, quien afirmaba en 1949 que “por primera vez en la historia, la humanidad posee el conocimiento y la capacidad para aliviar el sufrimiento de esas gentes [los parias de la tierra]”, al tiempo que reafirmaba su voluntad de “poner a disposición de los amantes de la paz los beneficios de nuestro acervo de conocimiento técnico para ayudarlos a lograr sus aspiraciones de una vida mejor”<sup>2</sup>.

Declaraciones como esta son dignas de mención, no solo porque constituyen un hito histórico de las relaciones internacionales, sino porque reflejan un cambio de mentalidad en el acercamiento de Occidente hacia el resto del mundo<sup>3</sup>. Hasta entonces la mirada colonial decimonónica había contrapuesto las naciones civilizadas y los pueblos bárbaros como si la civilización y la barbarie fuesen categorías ontológicas distintas y existiese una brecha insalvable entre ellas. Sin embargo, el discurso que emerge a mediados del siglo pasado, hace una relectura de las mismas —en términos de “desarrollados” y “subdesarrollados”— y les da una nueva significación al poner ambas categorías en el mismo eje temporal. De ese modo, el imaginario desarrollista valida la tesis que lo sostiene y es que las sociedades humanas se transforman de acuerdo a una pauta preestablecida (Nederveen Pieterse, 1991). Una pauta que conocen mejor que nadie quienes se hallan a la vanguardia de dicho cambio, a saber: los

---

1 Véase la Carta de las Naciones Unidas, disponible desde el siguiente enlace: <http://www.un.org/es/carta-de-las-naciones-unidas/index.html> [última consulta el 7/10/16].

2 Harry S. Truman, “Inaugural Address”, 20 de enero de 1949. El texto completo del discurso de investidura puede consultarse en: <http://www.presidency.ucsb.edu/ws/?pid=13282> [última consulta el 8/10/16].

3 Véase el análisis discursivo que se hace de este texto en Esteva (1992: 6-25) y en Escobar (1995).

países occidentales. El aprendizaje de su experiencia histórica, siguiendo esta lógica, ofrecía una reserva de conocimiento inigualable, que sería de gran valor a la hora de impulsar el progreso socioeconómico allí donde todavía no había llegado.

Esa fue la finalidad con la que nacieron los estudios sobre desarrollo. Una misión que, como reconoce el economista Stuart Corbridge, es un tanto inusual, porque comprometió la recién creada área de investigación con dos principios aparentemente contradictorios: “El *principio de diferencia* (‘el Tercer Mundo es diferente, de ahí la necesidad de un campo de estudios específico’) y el *principio de semejanza* (‘es el trabajo de las políticas de desarrollo hacerles a ellos más parecidos a nosotros)” (Corbridge, 2007: 179). Esta tensión implícita entre la observación y la acción; entre el contacto con una realidad diferente y la voluntad de transformarla hasta encajarla en un modelo dado, fue uno de los principales atractivos de los estudios sobre desarrollo entre los jóvenes investigadores. Pero con el paso del tiempo se convertirá también en su principal punto débil. Veamos por qué.

### **Auge y declive de las grandes teorías del desarrollo económico**

Desde un punto de vista analítico, el objeto de las grandes teorías del desarrollo económico que surgieron a mediados del siglo pasado era, a grandes rasgos, el de estudiar los “concomitantes institucionales del crecimiento económico” en los países del “Tercer Mundo” (Berger *et al.*, 1973: 9). A partir de ahí, las discusiones entre académicos giraban en torno al marco explicativo apropiado. Los teóricos de la modernización de los años cincuenta pusieron el acento en los factores internos que condicionaban el potencial productivo de las economías nacionales (tales como, el analfabetismo, la geografía, persistencia de las culturas tradicionales, la dualización de la economía, etc.). Dichos elementos lastraban el despegue económico de los países pobres y solo podían subsanarse con una inyección de capital externo y la aplicación de reformas orientadas a modernizar la economía.

Frente a estas propuestas, los teóricos neomarxistas de la dependencia que aparecieron poco después atribuían el problema del “subdesarrollo”, no tanto a los factores internos sino a los externos. Es decir, a las desigualdades de poder que estructuraban las relaciones económicas internacionales. En su lectura del asunto, los causantes de su empobrecimiento eran los condicionantes externos que las grandes potencias imponían a la autonomía política y económica de los países periféricos (por ejemplo, a través de acuerdos comerciales injustos, de la condicionalidad de la ayuda, de la inversión extranjera, etc.). Así las cosas, el enfrentamiento entre estos dos diagnósticos teóricos del “subdesarrollo” en el plano académico fue total. En aras de la coherencia interna de cada uno de estos dos modelos teóricos, los académicos de uno y otro bando ponían en tela de juicio los aciertos de su contrario y ensalzaban sus debilidades. La buena noticia es que estas acaloradas discusiones generaron una gran cantidad de material empírico sobre realidades ajenas a las occidentales que servirían

a la postre para arrinconar el etnocentrismo implícito en las ciencias sociales y cuestionar la propia concepción del desarrollo en las sociedades industriales (Hettne, 1995). La mala, que la disputa atravesó los muros de la academia y se reprodujo en la arena política a través de la confrontación ideológica que mantuvieron, durante la Guerra Fría, los partidarios del capitalismo de libre mercado y los defensores de la vía soviética. Siendo el núcleo de las desavenencias entre ambos grupos, la elección de las estrategias de desarrollo más propicias para promover los cambios sociales.

Con todo, a pesar de producir diagnósticos opuestos de la situación y “soluciones” diferentes en la práctica, ambas perspectivas compartían mucho más de lo que en su momento estaban dispuestas a reconocer. La confianza ciega en el progreso tecnocientífico para garantizar la supervivencia humana, el rol central del Estado como agente de cambio, la identificación de la renta per cápita con el bienestar, y, en definitiva, la concepción del desarrollo como un proceso impulsado “desde arriba” que requería “sangre, sudor y lágrimas” por parte de la población. Cualquier sacrificio era justificable por ambas partes con tal de alcanzar la felicidad prometida en nombre de la “sociedad capitalista liberal” o, en su lugar, la “sociedad comunista” (Berger, 1979). No obstante, tras tres décadas de experiencia en la aplicación de estrategias de desarrollo en el Sur, los resultados fueron dispares. Muchos países lograron entrar en la senda del crecimiento económico acelerado, pero el precio que tuvieron que pagar en forma de sufrimiento humano, desigualdades sociales y daños ecológicos resultaba inmoral desde un punto de vista ético.

Los denominados “desastres del desarrollo” especialmente notorios en Latinoamérica y buena parte de África abarcaban una amplia variedad de fracasos, desde macroproyectos de cooperación fallidos por su insostenibilidad, hasta el aumento de la polarización social, pasando por el estallido de guerras civiles, en el peor de los casos. El reconocimiento público de estas consecuencias no intencionales, junto con la desintegración de la Unión Soviética condujeron a la quiebra del imaginario desarrollista y su ingenua proyección sobre el mal denominado “Tercer Mundo”. Todo ello podía haber servido de revulsivo para abrir un proceso de reflexión respecto al sentido de la teoría crítica del desarrollo, o cuando menos, respecto a la manera de concebir el vínculo entre la teoría y la práctica en este ámbito. Pero lo que sucedió fue más bien lo contrario.

Entrada la década de los años ochenta aproximadamente, los estudios sobre desarrollo cayeron en desgracia. Para buena parte de la izquierda posmarxista la noción de “desarrollo” perdió su atractivo simbólico, por quedar asociada a una forma de entender la “intervención gubernamental” en los países del Sur de carácter disciplinario, imperialista y etnocéntrico (Corbridge, 2007; Hart, 2001). Dicho abandono, no obstante, sería secundado por los economistas ortodoxos desde el extremo ideológico opuesto, quienes achacaron los innumerables desastres a los “fallos de la burocracia” y aprovecharon la ocasión para defender la vuelta a la “monoeconomía” (Lal, 1985). Es decir, a la idea de que los principios económicos fundamentales (como, por

ejemplo, el óptimo de Pareto o la noción de homo oeconomicus) son universales, y, por lo tanto, no hace falta un área de conocimiento diferenciada para tratar las problemáticas del subdesarrollo. Bastaría con aplicar una serie de recetas o paquetes de “ajuste estructural” orientados a integrar las economías nacionales en los mercados globales. Ese conjunto de medidas orientadas hacia el *laissez faire* económico es lo que comúnmente se ha denominado “Consenso de Washington” (Williamson, 1990) y dominó el vacío dejado por las políticas desarrollistas en materia de cooperación internacional durante las últimas décadas del siglo XX y los primeros años del XXI.

No obstante, tras el fracaso de las recetas neoliberales en el manejo de las crisis latinoamericanas de la deuda (México, Argentina), así como en la incorporación de los países exsoviéticos al capitalismo de mercado, junto con la gran recesión de 2008 que sacudió Estados Unidos y Europa, han terminado por cuestionar la última de las corrientes que permanecía intacta en el campo del desarrollo, abriendo nuevos horizontes para el resurgir de la teoría crítica.

### **La teoría crítica del desarrollo: deconstrucciones y reconstrucciones**

Todo apunta a que el declive de las grandes teorías sobre el desarrollo económico hacia finales del siglo pasado se debió en parte al agotamiento de sus marcos teóricos para explicar las nuevas realidades emergentes (por ejemplo, la aceleración de las interdependencias globales, el cambio climático, el retorno de los fundamentalismos religiosos, etc.). Pero, sobre todo, diría yo, al hastío producido en buena parte de América Latina y África por los modelos desarrollistas de corte autoritario que, independientemente de su adscripción ideológica, apostaron por las políticas implementadas “desde arriba”. Los principales beneficiados por la aplicación de dichos modelos —las elites políticas y económicas— son los mismos que pedían “sangre, sudor y lágrimas” a una población civil que casi siempre cargó con los costos humanos, sociales y medioambientales, y en raras ocasiones disfrutó participó de los económicos alcanzados.

Ante semejante panorama, la teoría que pretenda denominarse “crítica” tiene un enorme trabajo por delante: puede empezar por denunciar estas prácticas de dominación, e incluso ir un poco más allá tratando de desarmar los imaginarios sociales —las creencias— que las sostienen; para lo cual es necesario y deseable, a su vez, reivindicar el reconocimiento de aquellas gentes cuya realidad fue o bien ignorada o bien aplastada por las formas de normalización de los discursos coloniales. Ese programa crítico, orientado a la deconstrucción del conocimiento experto en el ámbito del desarrollo, fue el que siguieron durante los ochenta y los noventa muchos intelectuales y activistas descontentos con los magros resultados obtenidos por la cooperación internacional y escandalizados por su falta de sensibilidad ante la diversidad cultural.

Su inspiración, en este sentido, se hallaba en la obra de autores como Michel Foucault (2005 [1975] y 2006 [1966]), célebre entre otros motivos por sus trabajos sobre las formas de disciplinamiento y dominación ejercidas por las instituciones modernas (el hospital, la escuela, la prisión, etc.), o Edward Said, quien aplicó las enseñanzas de Foucault y también las de Gramsci al ámbito de los estudios culturales para desmontar los sesgos y prejuicios —el *Orientalismo* (Said, 1990)— que durante siglos habían distorsionado la mirada de Occidente (y sus relaciones) con el continente asiático. Siguiendo sus aportaciones, y atraídos por la popularidad de la que gozaban en ese momento el “posestructuralismo” y la “crítica postmoderna” en las ciencias sociales, se autodenominaron “postdesarrollistas”. Su misión, a partir de estas referencias, sería la de contribuir a descolonizar el “imaginario del desarrollo” (Sachs, 1992; Hall, 1992; Picas Contreras, 1999; Rist, 2002; Latouche, 2007), con la esperanza de lograr, por ese camino, abrir la mente a otros modos de comprender la realidad, provenientes del Sur (Escobar, 1995; Rahnema y Bawtree, 1997).

En su defensa hay que decir que el “postdesarrollo” consiguió quebrantar la ingenua fe en el progreso histórico que caracterizó el pensamiento del desarrollo a mediados del siglo pasado. No obstante, en su búsqueda de una oposición radical a la “modernidad occidental” fueron bastante más allá y no dudaron en rechazar tanto las políticas de cooperación internacional, a las que consideraban un dispositivo de poder y control más, como la mera existencia de los valores universales —incluida la propia noción de derechos humanos— que le servían de legitimación. El problema es que, de ese modo, privaron a la teoría crítica de la propia idea de “emancipación” y se limitaron a hacer una “crónica de la dominación Occidental” o, en el mejor de los casos, “etnografías de las resistencias”. Ambas cosas pueden ser muy interesantes para agitar el debate y fomentar la reflexión, pero apenas sirven de guía para la acción política más allá de lo local. Es más, la defensa a ultranza de la diferencia cultural, lo comunitario y los movimientos de base que hacen muchos de los autores posdesarrollistas puede terminar legitimando formas de “etnochovinismo” y otras prácticas que atentan contra la dignidad humana (por ejemplo, la ablación femenina)<sup>4</sup>.

Para plantear una verdadera alternativa al neoliberalismo y a las políticas del “crecimiento sin propósito” a las que nos arrastra el nuevo capitalismo financiero es necesario generar una teoría crítica en clave *reconstructiva*, que nos ilumine a la hora de replantear el significado del desarrollo en términos multidimensionales y recupere el interés por la creatividad de la acción humana (y sus contingencias) a la hora de promover cambios sociales. Hay autores, y corrientes dentro de las ciencias sociales, que ya han dado pasos en esta dirección. Pero, hasta donde alcanzo a ver, la contribución más sobresaliente que se ha hecho a los estudios de desarrollo es la del economista indio Amartya Sen y su enfoque de la capacidad (Sen, 1999). Su proyecto intelectual se ha levantado sobre dos premisas.

4 Para un desarrollo en profundidad de estos argumentos se puede consultar Gasper (1996), Corbridge (1998), Nederveen Pieterse (2000) y Tamas (2004).



Lo que nos dice la primera de ellas es que *el desarrollo de una sociedad y por extensión, el funcionamiento de sus arreglos sociales e institucionales ha de evaluarse en función de sus consecuencias sobre la vida de las personas*. ¿Son capaces de hacer o ser aquello que aprecian por buenas razones? ¿qué se lo impide? La decisión de tomar las capacidades humanas como “variable focal” es en sí ya una ganancia puesto que hasta ahora la economía había analizado la pobreza y el bienestar (y, en consecuencia, el desarrollo) en función de variables como la utilidad individual o los recursos materiales que a efectos prácticos se miden a través del ingreso o la renta per cápita. Estas cuestiones son importantes, pero pueden distorsionar nuestros juicios morales porque no todas las personas pueden hacer lo mismo con los mismos medios. Hay características personales y circunstancias sociales y medioambientales que nos condicionan de manera diferente. Por eso, lo que argumenta Sen es que debemos fijarnos en lo que las personas son capaces de hacer o no con sus vidas, y plantear a partir de ahí qué podemos hacer al respecto.

En esta línea, el de Sen es un enfoque orientado a la acción que concibe el “desarrollo” como “*un proceso de expansión de las libertades reales de que disfrutan los individuos*” (Sen, 1999: 3). En la práctica, según Sen, esto “requiere la eliminación de las principales fuentes de privación de la libertad: la pobreza y la tiranía, la escasez de oportunidades económicas y las privaciones sociales sistemáticas, el abandono en que pueden encontrarse los servicios públicos y la intolerancia o el exceso de intervención de los Estados represivos”. Es decir, requiere el cuestionamiento de aquellas estructuras sociales que puedan considerarse “injustas” y reivindica el “empoderamiento” de las personas menos aventajadas (en términos de capacidades básicas) para que participen en aquellas decisiones que les afectan directa o indirectamente.

Para quienes vienen del “postdesarrollo” el lenguaje que emplean estas premisas puede parecer más de lo mismo, sobre todo si desconocen el refinamiento filosófico que hay detrás de ellas y lo reducen a la aplicación que hizo el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo cuando presentó el Índice de Desarrollo Humano. Dicho indicador logró cuestionar la “tiranía del PIB” en la concepción del desarrollo, que no es un logro menor. Pero, como cualquier otro indicador sintético, ofrece una visión parcial de la realidad y no puede representar la complejidad de conceptos como “libertad”, “democracia” o “justicia”. Por eso, para debatir sobre el significado de estas palabras y su puesta en práctica, la propuesta de Sen ofrece argumentos razonados y herramientas analíticas que nos ayudan a evaluar realidades concretas, sin necesidad de importar modelos para cambiarlas<sup>5</sup>. Con ese propósito nació la Human Development Capability Association (HDCA) que, en la actualidad agrupa a más de 500 investigadores de 70 países diferentes y procedentes de distintos ámbitos

5 Dedicué mi tesis doctoral a analizar los fundamentos teóricos y los dilemas metodológicos que plantea el enfoque de Sen para estudiar el cambio social. En ella se puede encontrar lectura crítica de sus postulados y una bibliografía actualizada sobre las discusiones que ha generado dentro de los estudios sobre desarrollo. Véase Otano Jiménez (2015).

disciplinarios<sup>6</sup>. Algo que invita a la esperanza respecto a la posibilidad de entablar un diálogo verdaderamente global e intercultural sobre las concepciones del bien y la justicia, y contribuya a andar —unidos en nuestras diferencias— hacia la construcción de instituciones más justas.

## Conclusiones

Si tuviese que definir el “desarrollo” para cerrar este artículo diría, siguiendo las enseñanzas de Jan Nederveen Pieterse, que “el desarrollo es aquella intervención apropiada en la realidad social con vistas a mejorar la situación de los menos aventajados” (Nederveen Pieterse, 2007: 3). La teoría del desarrollo, desde esta perspectiva, es la negociación del significado que le damos a los términos “intervención apropiada”, “mejoría” y “menos aventajados”.

El problema es que las certezas que durante los dos últimos siglos y medio dieron respuesta a estos términos se han esfumado. El crecimiento económico ya no es la solución a todos los problemas, más bien al contrario. Los baremos que podemos emplear para evaluar una “mejoría” son múltiples y a menudo se contradicen entre sí. Y, por último, pero no menos importante, hemos descubierto (¡oh, sorpresa!) que los menos aventajados tienen voz propia y pueden opinar sobre lo que consideran una “apropiado” cuando se trata de cuestiones que les afectan.

Todo esto debe hacernos reflexionar sobre el papel que ocupan los “expertos” en desarrollo dentro del campo de la cooperación. Aquí nos podemos aplicar lo que el filósofo Zygmunt Bauman aconseja a quienes se dedican a las ciencias sociales: hemos de evitar la tentación de comportarnos como *legisladores* del orden social y asumir que no podemos ser otra cosa más que sus *intérpretes* (Bauman, 2005). A pesar de haber empleado el término “teoría crítica” para referirme a las deconstrucciones y las reconstrucciones del desarrollo, creo que más que teorías coherentes o modelos cerrados, lo que nos hace falta son enfoques —como el de las capacidades— que nos ofrezcan un lenguaje con el que describir las injusticias y dar sentido a las prácticas que tratan de paliarlas.

## Bibliografía

BAUMAN, Zygmunt ([1997] 2005): *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.

---

6 La lista de miembros y la estructura de la red se puede consultar en la página web <http://hd-ca.org/>

- BERGER, Peter L. (1979): *Pirámides de sacrificio. Ética política y cambio social*, Santander, Sal Terrae.
- BERGER, Peter; BRIGITTE, Berger y HANSFRIED, Kellner (1973): *The Homeless Mind. Modernization and Consciousness*, Nueva York, Random House.
- CASTORIADIS, Cornelius (1980): “Reflexiones sobre el ‘desarrollo’ y la ‘racionalidad’”, en Jaques Attali *et al.* (comp.), *El mito del desarrollo*, Barcelona, Kairós, pp. 183-223.
- CORBRIDGE, Stuart (1998): “Beneath the Pavement only soil: The poverty of Post-development”, *Journal of Development Studies*, vol. 34(6), pp. 138-148.
- (2007): “The (im)possibility of development studies”, *Economy and Society*, 36(2), pp. 179-211.
- COWEN, Michael P. y SHENTON, Robert W. ([1996] 2004): *Doctrines of development*, Londres, Routledge.
- ESCOBAR, Arturo (1995): *Encountering Development: The making and unmaking of the Third World*, Princeton, Princeton University Press.
- ESTEVA, Gustavo (1992): “Desarrollo”, en Wolfgang Sachs (ed.), *The Development Dictionary*, Londres y Nueva York, Zed Books Ltd.
- FOUCAULT, Michel ([1975] 2005): *Vigilar y Castigar. El nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI.
- ([1966] 2006): *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*, Madrid, Siglo XXI.
- GASPER, Das (1996): “Essentialism In and About Development Discourse”, *European Journal of Development Research*, 8(1), pp. 149-179.
- HALL, Stuart (1992): “The West and the Rest: discourse and power”, en Stuart Hall y Bram Gieben (eds.), *Formations of modernity*, Cambridge, Polity Press, pp. 276-320.
- HART, Gillian (2001): “Development critiques in the 1990s: culs de sac and promising paths”, *Progress in Human Geography*, 25(4), pp. 649-658.
- HETTNE, Björn (1995): *Development Theory and the Three Worlds*, Londres, Longman, 2ª edición.
- LAL, Deepak (1985): “Los errores de la ‘economía del desarrollo’”, *Finanzas y Desarrollo*, vol. 22, n° 2, junio, Washington, pp.10-13.
- LATOUCHE, Serge (2007): *Sobrevivir al desarrollo*, Barcelona, Icaria.
- NEDERVEEN PIETERSE, Jan (1991): “Dilemmas of Development Discourse: The Crisis of Developmentalism and the Comparative Method”, *Development and Change*, vol. 22, pp. 5-29.
- (2000): “After post-development”, *Third World Quarterly*, vol. 21, n° 2, pp. 175-191.
- ([2001] 2007): *Development Theory. Deconstructions/Reconstructions*, Londres, Sage.
- ORTEGA y GASSET, José ([1940] 1976): *Ideas y creencias*, Madrid, Espasa-Calpe.
- ORTIZ, Renato (2009): “Cultura y desarrollo”, en Miguel Ángel Aguilar, Eduardo Nivón, Ana María Portal y Rosalía Winocourt (coords.), *Pensar lo contemporáneo: de la cultura situada a la convergencia tecnológica*, México, Ed. Anthropos, pp. 89-95.

- OTANO JIMÉNEZ, Guillermo (2015): “Desarrollo humano y cambio social. Una crítica constructiva del enfoque de la capacidad de Amartya K. Sen desde la sociología”, tesis doctoral, Universidad Pública de Navarra (disponible en <https://goo.gl/mCMpSH>) [última consulta el 7/10/16].
- PICAS CONTRERAS, Joan (1999): “La construcción social del subdesarrollo y el discurso del desarrollo”, en Víctor Bretón, Francisco García y Albert Roca (eds.), *Los límites del desarrollo. Modelos rotos y modelos “por construir” en América Latina y África*, Barcelona, Icaria, pp. 25-58.
- RIST, Gilbert (2002): *El desarrollo: Historia de una creencia occidental*, Madrid, Los Libros de la Catarata.
- SAID, Edward (1990): *Orientalismo*, Madrid, Libertas.
- SEN, Amartya K. (1999a): *Development as Freedom*, Nueva York, Knopf.
- TAMAS, Peter (2004): “Misrecognitions and missed opportunities: post-structuralism and the practice of development”, *Third World Quarterly*, vol. 25, nº 4, pp. 649-660.
- WILLIAMSON, John (1990): “What Washington Means by Policy Reform?”, en John Williamson (ed.), *Latin American Adjustment: How much has happened?*, Washington D.C., Institute for International Economics.